

## 7 EL EMPERADOR: PADRE DE LA CIVILIZACIÓN.

El uno se convierte en dos, el dos se convierte en tres y del tres surge el uno, como cuarto. María la profetisa

He aquí al Emperador, el Triunfo número cuatro (fig. 31). Puede considerarse como el principio activo, masculino, que ha venido a poner orden en el jardín de la Emperatriz que, si se le deja crecer a su capricho, puede convertirse en una selva. Va a conseguir con esfuerzo un lugar donde poder estar de pie, creará caminos para la intercomunicación y supervisará la construcción de casas, pueblos y ciudades. Protegerá su imperio de las invasiones de la naturaleza hostil y de los bárbaros. En resumen, creará, inspirará y defenderá la civilización.

Hasta ahora hemos estado tratando con el mundo primitivo de a naturaleza inconsciente. Ahora vamos a dar un paso más y entrar en el mundo civilizado del hombre consciente. Con el advenimiento del Emperador abandonamos el mundo no-verbal del reino matriarcal de la Emperatriz, con sus ciclos automáticos de nacimiento, crecimiento y decadencia. Aquí empieza el mundo patriarcal de la palabra creadora, donde se inicia la ley masculina del espíritu sobre la naturaleza. Esta ley es la encarnación del Logos o principio racional, lo cual es un aspecto del arquetipo del Padre. Este ordena nuestros pensamientos y energías conectándolos con la realidad de manera práctica. A pesar de representar, como la emperatriz, un poder arquetípico, El Emperador es mucho más humano y por lo tanto más accesible a la conciencia de ella, pues no es la figura rígida entronizada sobre la masa de la humanidad. En lugar de eso, está sentado, airoso y relajado, con las piernas cruzadas, mostrando una visión de su perfil izquierdo, que es el lado del inconsciente. Sólo un gobernador seguro de su autoridad puede arriesgarse a posar de esta manera. Este es un reino de paz, donde no se espera ataque del exterior ni traición del interior, y eso nos lo indica el hecho de que el que manda no lleva espada. Su escudo, que lleva grabada el águila de oro, ya no es necesario como protección. Está colocado aquí como un emblema que simboliza su conexión con los poderes celestiales y su reinado por la gracia divina. No tiene nada que temer ni del hombre ni de las bestias, ni tampoco de los dioses de lo alto.

El Emperador se nos presenta asentado informalmente en tierra firme, en el campo de la acción, indicándonos que, en lugar de actuar como un dios desde detrás de la escena (desde el inconsciente), es un guía práctico que conecta abierta e íntimamente con la humanidad y sus actividades. Para mantener esta idea es por lo que lleva su casco, una protección para la cabeza más útil y propia que la austera corona que llevaba la Emperatriz. En las líneas elegantes de su casco se repite la ornamentación de su trono y de su escudo, cuyo dibujo es más elaborado y menos severo que el de la Emperatriz. Es obvio que el imperio que ha creado es de un gran refinamiento cultural y es igualmente obvio que eso no fue así siempre. Obsérvese el tamaño y la potencia de la mano con la que sostiene el cetro, en contraste con su mano izquierda, que parece afeminada y enana. No hay duda de que la espada de este guerrero ha sido fortalecida en no pocas batallas. Su reino se ganó duramente. La lucha del hombre por la conciencia comporta esfuerzos sobrehumanos, pues la Madre Naturaleza guarda su reino celosamente. En las culturas matriarcales, la sucesión real se hacía por la línea femenina. Es, pues, un nuevo rey, aquél que conquistó y ganó a la princesa y a menudo era también el responsable de la muerte del antiguo rey.

En la historia, así como en nuestra vida particular, la transición de la fase del matriarcado a la del patriarcado es siempre difícil. Abandonar el mundo protector, afectuoso y nutritivo de la infancia para afrontar las responsabilidades de la edad adulta es una labor dura. Hay un paso necesariamente intermedio entre la identidad inconsciente, con todas las experiencias de la infancia, y la edad adulta, más consciente e individual; este paso es la vida en comunidad. Durante esta fase de transición es necesario experimentarse a sí mismo como miembro de un grupo en desarrollo (familia, clan, estado, nación), a cuya cabeza se encuentra una autoridad justa y poderosa.

El Emperador aquí representado parece ser la representación ideal de esa figura, pues trasciende al padre personal así como al guía de un grupo homogéneo o clan, ya que en su imperio se incluyen diversos pueblos y climas. Aunque seguro de su territorio, el Emperador guarda aún una conexión con el mundo matriarcal de la Emperatriz, pues aparece dibujado mirando hacia atrás, hacia ella. La pareja real también está relacionada por las dos águilas de sus escudos. No sólo están cara a cara los dos pájaros sino que muestran una sutil unión entre ambos. Mientras el águila de la Emperatriz con sus alas desplegadas está a punto de emprender el vuelo hacia el cielo, cosa que simboliza el espíritu masculino de su esposo, el ave del Emperador está colocada de forma que sus alas repiten la configuración de las aparentes «alas de ángeles» que forman el dibujo del trono de la Emperatriz.

William Blake escribió: «Cuando veas un águila, estás viendo una parte de genio: levanta, pues, tu cabeza». A pesar de que el águila del Emperador le conecte con el espíritu divino y le inspire en el gobierno, no debería olvidar que el águila es también un ave de presa. La reproducción que muestra la fig. 32 es el lado sombrío del águila del Emperador. Es un águila de los indios esquimales, ave rapaz y cruel. Es un buen símbolo de la locura de poder que surge entre los reyes y otras personas con autoridad cuando el ideal dorado del «derecho divino» se corrompe, convirtiéndose en «poder del ego» (ego-ísmo).

Afortunadamente, es evidente que el águila del Emperador no va a caer en esa sombra arquetípica del águila. Su número cuatro sugiere que su perspectiva abarca las cuatro dimensiones de la vida y que no está limitada por ninguna visión «embudo». El número cuatro simboliza la plenitud. Nos señala nuestra orientación hacia la dimensión humana. Equivale en geometría al rectángulo y equivale a la ley y el orden impuestos sobre el caótico desorden de la Madre Naturaleza. Las cuatro direcciones de la brújula hacen psique; que la labor creativa de estructurar lo uno equivale a la misma labor sobre lo otro.»

En ambos planos, el terrenal y el celeste, el número cuatro juega un papel decisivo como factor de orden. He aquí una lista de los diversos «cuatros» que ordenan nuestros pensamientos:

Los cuatro puntos de la brújula.

Las cuatro direcciones de la tierra.

Los cuatro vientos de los cielos.

Los cuatro ríos del Edén.

Las cuatro cualidades de la antigüedad (cálido, seco, húmedo y frío).

Los cuatro humores fluidos (sanguíneo, flemático, colérico y melancólico).

Los cuatro evangelistas (Mateo, Marcos, Lucas y Juan).

Los cuatro profetas (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Oseas).

Los cuatro ángeles (Miguel, Rafael, Gabriel y Fanel).

Las cuatro bestias del Apocalipsis.

Los cuatro elementos (aire, tierra, fuego y agua).

Los cuatro ingredientes de la alquimia (sal, azufre, mercurio y ázoe).

Las cuatro estaciones.

Las cuatro figuras geométricas básicas (círculo, línea, triángulo y rectángulo).

Las cuatro fases de la luna.

Las cuatro letras hebreas del nombre sagrado del Señor (jod, he, vav, he).

Las cuatro reglas aritméticas (suma, resta, multiplicación, división).

Las cuatro virtudes cardinales (justicia, prudencia, fortaleza y templanza).

Esta lista de «cuatros» ha ayudado desde tiempos inmemoriales al hombre para que dirigiera los pasos de su vida espiritual y física. Cuatro es también el número que está conectado con la creación del hombre. Así nos lo cuenta el libro sirio: «Libro de la cueva de los tesoros»:

«Vieron, pues, a Dios tomar un grano de polvo de la tierra, una gota de agua del mar, un soplo de aire de los vientos superiores y un poco de calor de la naturaleza del fuego. Vieron los ángeles cómo estos cuatro elementos, débiles por sí mismos, fueron colocados en el hueco de su mano: lo seco, lo húmedo, lo frío y lo caliente. Y después Dios hizo a Adán.»<sup>2</sup>

En resumen, pues, el número cuatro simboliza la orientación del hombre hacia su realidad de ser humano. Una representación del número cuatro es el cuadrado, que simboliza el orden impuesto por el Logos a la venturosa naturaleza. En el cuadrado, los elementos permanecen aún separados entre sí y con hostilidad entre ellos. Con el número cinco, con la quintaesencia, tendrá lugar un paso más hacia el desarrollo tendente a la unidad, como veremos cuando lleguemos al examen de esta carta, al arcano número cinco.

En la carta que estamos estudiando ahora, las piernas del Emperador forman un cuatro tal como están cruzadas. Ello parece sugerir que no sólo sabe con su mente, sino que comprende de una manera más profunda la responsabilidad que lleva en sí como portador de la conciencia humana.

Numerológicamente hablando, el número cuatro tiene unos poderes extraordinarios y mágicos. No sólo marca el fin de un ciclo, sino que nos provee de la fuerza necesaria para el inicio de un ciclo nuevo. Cuando colocamos los números del uno al cuatro y los sumamos entre sí, conseguimos el diez y empezamos un nuevo ciclo. Ésta es una razón de su ambivalencia. Así como el Mago (con el número uno) nos proveyó de la energía necesaria para comenzar el ciclo de su creación, el Emperador, con el número cuatro, concluye esta fase, iniciando al mismo tiempo un nuevo tipo de creación: la civilización. Como un grano de maíz, es el resultado de todo lo que ha pasado con anterioridad en él y es, a la vez, la promesa de un crecimiento enteramente nuevo.

Quizá fue la magia de este número cuatro lo que inspiró a María la profetisa cuando dijo que «el uno se convierte en dos, el dos en tres y del tercero surge el uno como cuarto». En cualquier caso, la verdad de su afirmación es evidente en varios niveles de experiencia, ya que psicológicamente es el número tres el que lleva consigo al cuatro ofreciendo una nueva experiencia de plenitud y unidad. Esto puede demostrarse de la siguiente manera: cuando desarrollamos la autoconsciencia, pensamos en nosotros como unidad. A medida que crecemos en conocimiento, nos damos cuenta de que somos duales, consciente e inconsciente, ego y sombra, aquél a quien le gusta madrugar y a la vez aquél a quien le gusta quedarse en la cama un poco más. Cuando intentamos reconciliar estos dos aspectos opuestos en nosotros mismos es cuando descubrimos un mediador interno, esto es, el número tres, que armonizará a estos dos para que puedan trabajar juntos. Cuando esto sucede, «de este tercero» (y a través de la actividad de este tercer factor) surge la unidad, «como cuarto», un sentido de plenitud, una personalidad unificada que puede finalmente actuar como unidad, ahora sí, a un nivel de conocimiento nuevo.

En la psicología de Jung, el número tres alumbra también al cuatro, resultando de esto una nueva sensación de unidad. Fue Jung quien observó que el hombre nace con cuatro potencias características que le ayudarán a captar las experiencias y derivar de ellas enseñanzas para su provecho. Las llamó las cuatro funciones, pues representan modos característicos de trabajar de la mente o de la psique. A las dos funciones con las cuales captamos el mundo las llamó sensación e intuición y, como estas dos operan de manera espontánea más que racional, las calificó de funciones irracionales. A las otras dos funciones, pensamiento y sentimiento, las llamó racionales, pues son las que describen de qué manera evaluamos y ordenamos nuestra experiencia.

Según Jung, todos hemos nacido con la capacidad de desarrollar cada una y todas ellas. Desde muy jóvenes nos damos cuenta de que hay una función para la que mostramos una especial aptitud. A ésta se le llama función superior. Poco a poco nos vamos dando cuenta de que tenemos capacidad también en dos áreas más, que podemos utilizar de manera alternativa; éstas son las funciones segunda y tercera. Jung las llamó funciones auxiliares, ya que podemos usarlas para ayudar a nuestra función superior. Nuestra cuarta función permanece sin embargo relativamente inconsciente y, por lo tanto, inútil. Jung la llamó función inferior, ya que no se llega a ella a través del esfuerzo consciente. Consecuencia de ello es que su uso queda más restringido que el de las otras tres funciones.

Dado que tenemos tendencia a escoger tareas que nos sean fáciles y evitamos las que nos son difíciles, desarrollamos y mejoramos las funciones que nos son más asequibles, dejando nuestra función inferior desconocida y sin desarrollar. Más tarde, la sociedad y nuestra familia reforzarán esta tendencia, ya que solicitarán nuestra colaboración en aquellas áreas en las que hemos demostrado ya ser hábiles. Como resultado de ello, nuestra función inferior caerá cada vez más en el profundo olvido. A menudo, cuando esta función se nos revela sola y de un modo inesperado, inapropiado e ¡maduro, nos damos cuenta de que existe. Mientras tanto, nuestra función superior habrá aprendido a actuar tan suave y automáticamente que habrá perdido con ello su vitalidad original. A medida que pasa el tiempo, pasamos a ser etiquetados en consonancia con nuestra función principal o superior y empezamos a pensar al mismo tiempo que quizá somos disminuidos físicos, limitados por la naturaleza a actuar de forma adecuada en una, o a lo sumo dos, áreas de conocimiento. Voy a mostrar alguna de las características principales de cada uno de los tipos según su función superior. El intuitivo vive principalmente en un mundo de posibilidades futuras y, por tanto, no es observador del mundo que tiene a su alrededor. Le preocupa poco la realidad presente y le agobian los detalles. Por ejemplo, a la salida de una reunión puede haber perdido gran cantidad de detalles de la reunión en sí, pero probablemente tendrá la cabeza llena de ideas y proyectos que «algún día» llevará a término. Los problemas de orden práctico que eso conlleva los delegará en otros.

El tipo sensitivo habrá observado las realidades prácticas con las que el comité topará si ha de llevar a cabo las ideas del intuitivo. La persona sensitiva no es dada a caprichos, su conocimiento sensitivo está conectado con la realidad y observará con detalle minucioso las condiciones de su alrededor y, como buen reportero, estará interesado en: quién, qué, cuándo, dónde y cómo... Precisamente, se fijará en «cómo» pueden llevarse a cabo los sueños del intuitivo para que cuadren con la realidad existente. Por ejemplo, ¿es la sala bastante grande para alojar a la audiencia? o ¿puede el piano entrar realmente por la puerta?, ¿hay presupuesto suficiente para realizar este proyecto?

Cada uno de estos tipos reacciona ante la vida de manera espontánea. El intuitivo olfatea futuras posibilidades y tiene presentimientos, sin saber cómo llega a esta información. De manera similar, la persona sensitiva recuerda las experiencias sensoriales automáticamente. Mientras el intuitivo está ocupado olfateando un futuro de oro, la

persona sensitiva estará observando que el aire en estos momentos huele a escape de gas y, aunque esto no tenga importancia en el momento presente, habrá que tenerlo en cuenta en el futuro. En ambos casos la observación es inmediata y automática, se presenta de manera inconsciente y como hecho probado, fuera de toda lógica o posibilidad de discusión. Pensar y sentir, por otro lado, se producen de forma más deliberada. El tipo en el que domina el pensamiento organiza sus experiencias según categorías lógicas, ordenándolas de manera sistemática. En una reunión de comité, por ejemplo, hará la lista de las cosas que hay que preparar antes de la nueva reunión, programando una agenda de trabajo para esa futura reunión. Si ha de haber un orador en el programa, el «pensador» tendrá muy en cuenta que la persona que vaya a hablar sea una autoridad en su campo. El tipo en el que domina el sentimiento reaccionará de manera diferente. No va a preocuparse tanto de que el orador sea una autoridad, siempre que se exprese con claridad y presente el tema de manera interesante. Valorará el programa más de acuerdo con su sentimiento personal que con su contenido. «Sentir», nos dice Jung, no se debe entender como la emoción desatada. Por el contrario, Jung presenta esta función como racional, pues puede ser tan precisa y discriminadora como pensar, y es también una manera de valorar la experiencia. En una reunión, la persona «sentimiento» será buena como introductor, presidente de junta y como el que dirige los brindis. Ayudará a todo el mundo a sentirse como en casa, desaconsejando los comportamientos que él «sienta» como no apropiados para la ocasión. Lo hará con tacto, llegando a ser, si las circunstancias lo exigen, severo y firme.

Este manoseado índice de los tipos según las cuatro funciones, ha sido, por supuesto, muy simplificado. Observarse a sí mismo a la luz de este índice puede valer la pena en términos de autoconocimiento. Puede ser de más valor aún si el estudio de los tipos se hace para conocer cómo actúan los demás. Puede ayudarnos, por ejemplo, a comprender cómo el niño intuitivo no hace más que perder cosas, y no porque sea desobediente o tonto; simplemente: no le interesan los objetos materiales. De manera similar, si nos damos cuenta de que nuestro vecino es un tipo «pensante», puede ayudarnos a comprender que no es desagradable a propósito cuando irrumpe en nuestras fiestas de manera inadecuada diciendo inconveniencias acerca de lo que sea. También, si nuestra esposa actúa por intuición, podríamos evitar problemas prácticos al ir de viaje con ella, si le recordamos o nos ocupamos nosotros de deslizar un mapa en la guantera. Otro ejemplo: supongamos que el pensamiento es su función mejor, mientras que su compañera es del tipo «sentimiento»; si los dos lo comprenden podrán afrontar las situaciones de controversia de forma más consciente y con un mayor espíritu de cooperación. Cuando su compañera impulsiva gaste dinero del presupuesto para un jarrón antiguo (que «le sentaría muy bien» a aquel rincón de la sala), puede usted entender cómo para esta persona de sentimientos ese objeto tiene un valor que va más allá de su lógica. Sabiéndolo, se puede evitar la colisión frontal que estropeará el momento con discusiones inútiles. Solamente más tarde, usted y su pareja podrán sentarse para revisar el presupuesto e incluir en él la compra de valores que lo sean a la vez para la persona tipo «pensamiento» y la tipo «sentimiento».

Esta visión sobre las cuatro funciones ofrecerá a los lectores no iniciados algunas claves que les ayudarán a descubrir su propio tipo. Presento a continuación dos temas que han sido de gran ayuda para mí. Para descubrir cuál es su función superior, observe cómo se comporta o comportaría en un caso de urgencia. Figúrese que está en el bosque al anochecer, lejos de la civilización y apartado de sus compañeros: a) ¿se sentaría para pensar un plan de acción?; b) ¿trataría de intuir dónde pueden haber ido sus compañeros

para dirigirse en esa dirección?; c) ¿aceptaría la situación real planeando permanecer allí estudiando sus posibilidades (calor, protección, agua)? ¿Qué haría?

Algunas veces es difícil decidir cuál es su primera función, ya que la función superior y la primera auxiliar están tan bien desarrolladas que cuesta decir cuál representa el tipo natal. En este caso es más fácil situar la función inferior. Para ello basta observar qué tipo de trabajos relega constantemente alegando «no tener tiempo» para ellos. A menudo encontrará que hay cierto tipo de trabajos que quedan ignorados día tras día, mientras que otros trabajos que ocupan más tiempo y son más complicados llegan a hacerse. Una vez descubierta su función inferior, fácilmente se puede localizar la superior, puesto que será invariablemente la «otra» función de la misma categoría que la inferior. Por ejemplo, si la función inferior es una función irracional (digamos la intuición), entonces su función superior será la otra función irracional: la sensación, y viceversa. Si su función inferior es una función racional (sentimiento), entonces su función superior está ligada a ella y debe ser la otra función racional (el pensamiento), y viceversa. La razón por la cual esto se da de forma tan interdependiente la veremos más adelante en otro capítulo.

Para aquellos que quieran profundizar en este área, Lecturas sobre la tipología de Jung (de Hulmán y Von Franz)<sup>3</sup> ofrece una descripción completa de los cuatro tipos de funciones y nos muestra cómo operan en la vida práctica. Pero lo que he presentado antes en forma abreviada es suficiente como guía para la comprensión de la teoría de la tipología de Jung en relación con la sabia frase de María la Profetisa que mencioné más arriba.

Cuando por primera vez caemos en la cuenta de estos cuatro potenciales que existen en nosotros mismos, tendemos a etiquetarnos de acuerdo con nuestra función principal o superior; en otras palabras, nuestro ego se identifica con la función superior. Quizá no describamos nuestros sentimientos de la misma manera que se hace aquí, pero tenemos tendencia a pensar de nosotros como unidad, que tiene una aptitud especial, excluyendo las otras potencias de las que somos menos conscientes. Nos reconocemos y somos reconocidos por los demás como «aquél que es habilidoso con sus manos» o «aquél que es bueno en matemáticas», pero también disfrutamos leyendo o escribiendo poesías. Después comienza el darse cuenta de otras capacidades en una tercera área que corresponde a nuestra tercera función. Esta función está tan enterrada en el subconsciente que nos es difícil excavar para encontrarla, y pueden pasar varios años antes de que uno se dé cuenta de que es competente en tres áreas.

Durante todo este tiempo, la cuarta función permanece normalmente oculta. Está tan enterrada en el fondo de nuestra oscuridad, ha sido tan poco practicada, que asusta a nuestro ego y no podemos acercarnos a ella directamente. A medida que continuamos en el uso y desarrollo de la tercera función, la cuarta aparece ante la consciencia. Utilizando esta tercera función es como, entonces, «de la tercera» llegamos a acceder a la cuarta. Cuando ello sucede, aparece «el uno como la cuarta».

Ahora ya hay un potencial para la unidad, una totalidad que incluye los cuatro aspectos de nuestra psique y trasciende la unidad del ego con la cual comenzamos nuestra exploración.

Dejadme ilustrar el funcionamiento de los tipos citando un ejemplo de mi propia experiencia. Yo soy intuitiva y tengo como segunda función el sentimiento; mi tercera función, aún poco desarrollada, es el pensamiento, y mi cuarta función (desesperadamente sub-desarrollada) es la sensación.

Obviamente, escribir un libro y prepararlo para su publicación va a requerir habilidad y poner a prueba las cuatro funciones. El interés que tengo por el Tarot apareció a través de la intuición. Me sentía atraída por el misterio de las cartas y olía la posibilidad de

conectarlas con las figuras de mis sueños. Durante un largo período no hice nada con esta idea más que mirar y pensar sobre las cartas, tratando de sentir su posible significado en intentos esporádicos.

Dado que mi pensamiento no está todavía bien desarrollado, tardé algunos años en organizar mis intuiciones y sentimientos así como en encontrar las palabras para expresarlos. Dado que soy una intuitiva y siento poco interés por la realidad, los hechos y las fechas me aburren y por eso no quise leer libros tradicionales sobre el Tarot ni pensar acerca de las cartas. Durante mucho tiempo me bastó la vaga idea de que el Tarot era «muy antiguo», sin sentir la necesidad de explorar su origen específico. Me importaba más la imagen de las cartas que su realidad.

Como doy conferencias y seminarios sobre el Tarot, me encuentro continuamente con problemas relacionados principalmente con la cruel realidad del espacio y el tiempo. A mí me gusta distribuir las sillas en círculo, pues creo que los asistentes se van a encontrar mejor así, pero me doy cuenta después de que algunos de los participantes no alcanzarán a ver las ilustraciones que voy a mostrar, lo cual es de vital interés. Mi descontrol en cuanto al tiempo solía causarme problemas, hasta que resolví llegar media hora antes y delegar en un asistente para que me anunciara cuándo ya el tiempo que faltaba para mi intervención había transcurrido.

Poco a poco mi tercera función, el pensamiento, me está ayudando a tomar contacto con estas realidades de modo más directo. A base de recordármelo constantemente, estoy empezando a fijarme en las señales de tráfico y en las de las calles cuando voy por primera vez a algún lugar; estoy aprendiendo a dibujar planos esquemáticos o mapas, aunque todavía tengo problemas con las proporciones. Para mejorar mi sentido del tiempo juego conmigo misma, preguntándome a veces: «¿qué hora debe de ser ahora?» (y me doy la respuesta, por supuesto sin mirar ningún reloj). A fuerza de observar el ángulo del sol y escuchar el ruido del periódico cuando el chico lo deja en la puerta de casa, estoy aprendiendo a adivinar cuándo llega la hora de ponerle la tapa a mi máquina de escribir y dirigirme a la cocina para preparar la cena para que cuando mi hambriento marido llegue a casa esté lista. De modo semejante, a fuerza de planear y pensar, estoy tendiendo un puente a mi cuarta función, la inferior, la sensación. Algún día seré capaz de conectar con mi capacidad sensorial más directamente. Cuando esto suceda, espero experimentar el sentimiento nuevo de unidad que describió María la profetisa: «lo uno como la cuarta». Personal y culturalmente, el Emperador, con su número cuatro, nos anuncia un nuevo principio, pues es él quien inicia el principio simbolizado por la Palabra. Con su advenimiento abandonamos el mundo no verbal del matriarcado, carente de orden, que se expresaba a través de la música, la danza y la imagen, y entramos en el mundo de la palabra, del orden, del Logos.

En nuestros relatos bíblicos encontramos dos comienzos distintos. El primero de ellos nos cuenta: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra». Esto puede verse como el Mago Supremo que crea el primitivo yang y el primitivo yin (que se representan en el Tarot como el Mago y la Papisa); estos dos se unen y, como hemos visto, dan lugar al mundo matriarcal de la Emperatriz. Ahora, con el Emperador, llega un segundo comienzo que podemos equiparar al segundo relato de la Biblia. «En el principio era el Verbo.» En el principio, el Verbo (símbolo de la idea, del aliento, del espíritu) estaba «con Dios». Ahora, con el advenimiento del Emperador, el poder del verbo pasa a entregarse a la humanidad. El significado más antiguo de «Logos» es «aquello a través de lo cual se expresa el pensamiento interior». Las palabras son la base para el pensamiento organizado, para todo auto-examen, toda ciencia y para toda la historia narrada; en resumen, para toda la civilización. Son las herramientas con las cuales aprendemos a abstraer las ideas así como

a separar las capas de nuestro ego del mundo primitivo y total del inconsciente. El momento en que un niño dice por primera vez «Yo» marca un paso importante en el camino de la autorrealización, pues define la ruptura inicial entre él mismo y la infantil identificación con toda la creación en la que nacen todos los bebés. Esta fase mágica de identificación con toda la naturaleza es lo que se llama en forma poética la participación mística. A medida que un niño se perfecciona en el uso de la palabra, se aleja del mundo de la magia primitiva y del Eros femenino, acercándose al mundo masculino del Logos, que es el dominio del Emperador.

Tenemos tendencia a pensar en las palabras como herramientas que nos ayudan a comunicarnos con los demás, pero en primer lugar las necesitamos para comunicarnos con nosotros mismos. Desde la más tierna infancia, las palabras son la llave que nos permite el autoconocimiento y el crecimiento intelectual. Las necesitamos para pensar, para ordenar los caóticos acontecimientos del mundo que nos rodea y establecer nuestra propia identidad con respecto a ellos. Sin el don del lenguaje seríamos como fieras salvajes atrapadas en un estado de participación mística eterna con todo lo que nos rodea. Este hecho se hizo patente en la historia de Helen Keller, quien, al ser a la vez sorda y muda, no tenía acceso a las palabras. Cuando era niña, se sintió como un animal infrahumano, y por esta razón se comportaba como lo hacía. Después de un largo período de enseñanza con un maestro paciente logró conectar con el lenguaje. Llegó el momento en que conectó con la palabra «agua» (que le habían enseñado mediante una especie de morse que le telegrafiaron en la mano), y así conectó con el líquido fluido y fresco que conocía por el tacto y por el gusto. Fue en ese momento mágico en el que nació la humanidad de Helen.

Las palabras son, pues, una especie de magia, diferente de los poderes del Mago. Son herramientas útiles indispensables para nombrar y clasificar los objetos que nos rodean. Sirven para que podamos desprendernos de las cosas y así experimentarnos más objetivamente en relación con lo que nos rodea; sirven también para plasmar experiencias no verbales y transmitirlos a otros. Las palabras, por supuesto, no son sustituto de las experiencias. La palabra «agua» por sí sola no hubiera apagado nunca la sed física de Helen Keller ni saciado tampoco su sed de conocimiento. Sin la experiencia, la palabra por sí sola tiene poco que ofrecernos.

En los tiempos pasados el hombre utilizaba la palabra de forma más parca. En el antiguo Egipto el hombre hablaba solamente cuando se sentía lleno del espíritu; la palabra era la acción del espíritu. Hoy en día, hablamos a troche y moche, nuestras palabras son puras huellas, la sustancia las ha abandonado.

Podría decirse de nuestra cultura extra-verbalizada y computerizada que nos hemos separado de tal manera de la pura materia de la vida que nosotros mismos nos hemos convertido en abstracciones, perdidas en un laberinto de palabras. Nos comportamos con las palabras como si fueran la experiencia a la que se refieren y nos las tragamos enteras, como si fueran realidades nutrientes. Padecemos, pues, una indigestión espiritual. En consecuencia, el péndulo está volviendo hacia las experiencias no verbales. Los jóvenes abandonan sus libros y regresan a la naturaleza. Hay grupos que abundan en el conocimiento sensorial, el encuentro corporal y la meditación. Ha llegado a ponerse de moda despremiar las palabras por inútiles, secas y puramente intelectuales.

Surge a veces la pregunta: ¿cómo podrías expresar una fuga de Bach o una pintura de Klee sólo con palabras? ¿Cómo? Es igualmente imposible, podríamos responder, captar el Hamletpov otro medio que no fueran las palabras. Por esto es discutible si esta o cualquier otra obra de creación se puede traducir correctamente en palabras de otro lenguaje, puesto que las palabras no son sólo signos que usamos para designar cosas específicas. Las



palabras son símbolos cuyas vibraciones incluyen siempre efectos para el oído educado que van más allá de su significado. Tenemos tendencia a olvidar que las palabras, así como la música y otras formas de arte, son algo más que herramientas del intelecto. Surgieron del nivel más íntimo de la experiencia humana. Históricamente, las palabras de cada lenguaje llegan hasta nosotros «arrastrando nubes de gloria»... Cada una vibra con ecos ocultos de la experiencia humana de la cual surgió inicialmente, y fue refinada y reestructurada por generaciones sucesivas.

Por esto, en vez de tirarlas todas por la ventana, podemos utilizarlas como una nueva técnica para captar un conocimiento sensorial. Si estudiamos la etimología de las palabras que usamos podremos conectar quizá con el sentido exacto de la experiencia que describen. Por ejemplo, en el capítulo anterior hicimos un análisis de la palabra «recordar» (remember) y la palabra del inglés antiguo «to mourn». Para mí, este conocimiento añadió un nuevo sentido, no sólo a la palabra estudiada, sino al hecho de «recordar». Podría decirse que para mí añadió una nueva dimensión al recuerdo de cosas pasadas.

Las palabras tienen poder, muchos tipos de poder. Las palabras producen vibraciones en la naturaleza. Las vibraciones de la palabra sagrada AUM se dicen para relacionar entre sí las tres fuerzas de la naturaleza: creación, preservación y desintegración. Una idea primitiva, viva aún en muchas partes del globo, es que las palabras ejercen una influencia mágica sobre las personas u objetos con los que se relaciona. En la tradición judía, la palabra Jah-veh nunca debe pronunciarse y uno de los Diez Mandamientos advierte: «No tomarás el nombre de Dios en vano». No en balde está escrito en la primera narración de la creación que la palabra tiene un papel mágico; sólo cuando Dios dijo «Hágase la luz» fue llamado a ser el principio del Logos. Es como si el Creador necesitara separar el concepto de la luz de su propio caos interior y señalarlo con un nombre, antes de manifestarlo en la realidad exterior.

Los nombres dan forma a la realidad e influyen en su carácter. En vista de eso, dedicamos tiempo y esfuerzo a la búsqueda de un nombre para nuestros niños. Algunas veces los artistas, antes de escoger su nombre de guerra, consultan a un numerólogo. También los fabricantes luchan denodadamente para encontrar un nombre de impacto para sus nuevos productos. Existe otra superstición relacionada con los nombres según la cual conocer el nombre de una persona, lugar u objeto nos concede un poder especial sobre ellos. Cuando conocemos a una persona, solemos encontrarnos incómodos hasta saber su nombre, aunque el nombre por sí solo no vaya a identificar a la persona de manera real. En confianza, a veces nos molesta compartir nuestro nombre demasiado pronto con según qué extraños.

Dar nombre a las cosas es una parte importante de la tarea del Emperador. Bajo ningún concepto es un tema tan sólo intelectual. Encontrarles nombres correctos a las cosas es un acto creativo, un arte que incluye, no sólo la facultad de pensar, sino también la de sentir, la intuición y una buena conexión con las experiencias sensoriales. Como demostración, la siguiente leyenda viene al caso. Dícese que Satán, celoso de la atención que Dios le prestaba a Adán, se presentó ante el Señor pidiéndole que le destinase al cuidado de las aves y los animales terrestres en lugar de Adán. El Señor estableció un concurso para decidirlo, diciendo que lo ganaría quien pudiera nombrar correctamente todas las criaturas. Determinó que el ganador del concurso reinaría sobre las criaturas a las que hubiera nombrado correctamente.

Satán, por supuesto, perdió en el concurso, pues la imaginación discriminatoria y la paciente dedicación al orden y a la disciplina no son virtudes o talentos de aquél cuyo genio se manifiesta en el «pandemónium». Así pues, Adán ganó el concurso y se convirtió por ello en el Emperador del Edén, convirtiéndose en nuestro antecesor, y no Satán. El

Señor, sin embargo, no expulsó a Satán del Paraíso. Sigue actuando, y con gran actividad, quizá para recordarnos cuan cercano se halla aún aquel concurso.

En reconocimiento a este hecho, y temiendo la confusión sobre todas las cosas, nuestros antepasados tenían tendencia a idolatrar el Logos, el principio del Emperador, olvidando totalmente a la Emperatriz. Ahora, por el contrario, tenemos tendencia a adorar a la Emperatriz, despreciando al Emperador. Nuestra razón, que es unilateral, parece a veces excesivamente rígida al establecer el orden. Son muchos los individuos jóvenes y mayores que se han rebelado ante este orden establecido. Algunos tienen la esperanza de destruir totalmente su imperio, mientras que otros han dado la espalda totalmente a esta civilización en un intento inútil por recuperar el mundo preconsciente del matriarcado de los vagos sueños y los sentimientos.

La verdad evidente es que el Emperador y la Emperatriz son, como su nombre indica, una pareja unida. Uno no puede actuar creativamente sin la otra. El cetro de ambos ostenta el orbe de la Naturaleza, coronado por la cruz del Espíritu, lo cual simboliza la unión armoniosa de sus energías así como de sus reinos. Los dos muestran el águila de oro, que nos indica que los poderes de ambos son iguales, dados por Dios, y los derechos de ambos, igualmente divinos. Con el advenimiento del Emperador se inicia un nuevo ciclo en el cual se incluyen nuevas aspiraciones así como nuevas y más sofisticadas conexiones entre el reino del mundo y de los cielos. Bajo la influencia del Emperador, el hombre ascenderá no sólo simbólicamente sino que lo hará realmente al sol, a la luna y las estrellas.

Inevitablemente, si hemos de ayudar a nuestro espíritu en su camino ascendente, no podremos permanecer siempre con un pie en el jardín de la Emperatriz. Hay momentos, tanto en nuestra vida cultural como personal, en que uno de los dos poderes ha de tener una influencia mayor que su opuesto en nuestras vidas. Como todos los opuestos, actúan mejor si lo hacen como la corriente alterna. Hay veces en las que tenemos que frenar a uno de ellos para poder experimentar los beneficios del otro.

El Emperador reina a través del Logos y del pensamiento; la Emperatriz está conectada con el Eros y con el sentimiento. Para el Emperador, el hecho objetivo es la verdad; para la Emperatriz, lo primordial es el hecho interior. En su reino, revelar un hecho objetivo que pueda dañar una relación sería deshonesto, mientras que en el reino del Emperador acallar este acto sería recriminable. Es evidente que en un momento determinado no pueden reinar los dos a la vez. Si damos la oportunidad de que hablen por turno cada uno de ellos, podremos encontrar una solución que sea verdadera para el hecho de la realidad exterior, sin violentar el sentimiento interno, que es un hecho igualmente importante. En todos los trabajos creativos es de gran utilidad solicitar una audiencia con estas dos poderosas figuras; pero nunca, por supuesto, hay que hacerlo simultáneamente. Por ejemplo, durante lo que llamamos la fase creativa de la Emperatriz, cuando las imágenes y las ideas surgen como la espuma del fondo de nuestro ser de modo espontáneo y abundante, es mejor pedirle al Emperador que espere mientras captamos indiscriminadamente toda la riqueza de este momento. Será más tarde cuando invitemos a nuestro Logos a que se siente junto a nosotros como editor y nos ayude a escoger para arreglar y poner en orden nuestras ideas. Si viniera demasiado pronto podría marchitar los brotes frescos de nuestra imaginación, los cuales, como todo ser recién nacido, necesitan de una madre que los sostenga y alimente primero.

Una excelente manera de observar en detalle cómo actúan juntos el Emperador y la Emperatriz consiste en hacer un pequeño bosquejo de un poema de Keats, por ejemplo. Aquí se verá cómo la rica imaginación debida al aspecto de la sensibilidad femenina del poeta fue luego podada, refinada y moldeada por su Logos crítico, para crear finalmente el producto terminado. Uno queda asombrado no sólo por la perfección de lo que queda,

sino también por lo mucho que se ha sacrificado. Para este delicado trabajo de la discriminación, el Emperador del artista ha de ser sensitivo, perspicaz y valiente. Una de las utilidades que tiene el número cuatro del Tarot es que puede ayudarnos a darnos cuenta de qué tipo de Emperador, simbólicamente hablando, influye sobre nuestra cultura y nuestra vida propia. ¿Es relajado, enérgico, imaginativo? ¿O bien es rígido, impermeable o carece de todo encanto? ¿Cuáles son, en fin, las ideas o nociones que se encuentran en el fondo de nuestro «imperio» cultural? ¿Cree nuestro Emperador en el perfeccionismo?, ¿en la utopía?, ¿en la abolición permanente del mal?, ¿en la supremacía blanca?, ¿en la supremacía negra? ¿En qué cree?

Un modo de examinar nuestro Emperador puede consistir en estudiar su retrato por unos momentos y anotar, sin corregir ni censurar, lo que podríamos sentir como respuesta a las preguntas citadas anteriormente. ¿Estaríamos de acuerdo con las respuestas que nos da? Si no lo estamos, ¿cuáles serían las nuestras?, ¿en qué no estamos de acuerdo? Si encuentra difícil introducirse en el carácter del Emperador, otra técnica que resulta útil consiste en comparar la carta con otras representaciones similares. También puede ser de gran utilidad comparar esta carta con otras del mismo Tarot. Por ejemplo, el Emperador retratado en la baraja de Waite aparece mucho más anciano y más respetable que la figura a la que hemos estado refiriéndonos; tiene una barba larga y gris, está sentado en un gran trono, sus piernas están enfundadas con una cota de malla. Podemos imaginar que sus respuestas van a ser diferentes de las del Emperador de Marsella. Cualquier respuesta que consiga, por favor, anótela en su cuaderno de Tarot. Después de haber estudiado otras cartas, puede ser interesante entrevistar a este personaje otra vez. Puede haber tenido ideas nuevas mientras tanto.